

LA MUJER BARBUDA

Suplemento cultural de La Voz del Tajo. Nº 12. 25 de agosto 1984

SUMARIO

Entrevista con María José Ruiz, baloncestista (pág. I)
Las cenizas de la flor, por Angel Crespo (pág. II)
La mirada líquida, por Leonor Acevedo (pág. III)
Párrafo en vacaciones, por Amador Palacios (pág. IV)

Entrevista con María José Ruiz, "Tete", base de la selección nacional de baloncesto femenino junior

Adicción a la "heroína"

En el momento de realizarse esta entrevista, la selección española, participante en el *campeonato europeo de baloncesto femenino junior*, venció a Italia, clasificándose, de este modo, para las semifinales. Hoy, ya publicada en estas páginas, se disputa la Final. La emoción está en el aire, plena y exultante. María José Ruiz Paz, alias "Tete", es nuestro líder, nuestra heroína, un bien acabado paradigma, y, con su equipo, nuestra gran esperanza.

María José es madrileña y le encanta Madrid. Tiene 19 años y estudia Derecho. Lleva en la selección desde los 15 años. Es una chica normal, alegre, sana, siempre sonriente —aún estando seria— y sus aficiones son el cine, las exposiciones de pintura y la lectura de libros de novelistas de este siglo. Valora muchísimo la amistad y posee un encanto que se ajusta perfectamente a su buena capacidad física y mental y a sus adorables 19 años.

LA VOZ DEL TAJO.— ¿Es cierto eso de que la mente es más sana cuando está en cuerpo sano?

MARIA JOSE RUIZ.— Sí; cuanto más sano está el cuerpo, la mente trabaja mejor. Es importante comprometerte, y más cuando estás metida en esto, pero también sabes que es una parte de tu vida que se va a acabar. Por supuesto, tienes que tener otras actividades, y otras salidas. Cuando hay partidos y tienes que estar en una concentración, hay una disciplina dura;

cuando no, sales por ahí, te tienes que cuidar, sí, pero te puedes descontrolar un poquito.

LVT.— Háblame de la tensión anterior y posterior a un partido.

MJR.— Son dos tensiones diferentes; en la tensión anterior, tienes mucho nerviosismo, unas ganas locas de jugar; son momentos desagradables; la tensión posterior es más relajada, has ganado o perdido, pero ya ha pasado todo. Es también cuestión de costumbre y responsabilidad el modo de soportar y saber llevar esas tensiones.

LVT.— ¿Qué dices a eso del buen o mal perder de un jugador?

ES IMPORTANTE MANTENER UNA ETICA EN ESTE DEPORTE

MJR.— Hay que tener buen perder; hay que asumir el resultado, porque es sólo un juego, aunque importante. Es lo que se llama deportividad. Es importante mantener una ética en este deporte.

LVT.— El deporte dicen que es cultura, ¿equilibra a los deportistas, los pule, los hace más refinados?

MJR.— En unos deportes, sí, en otros, no. En los de alta competición, no digo que sí rotundamente; en los deportes "amateurs" yo creo que sí refina, como dices, a sus integrantes.

LVT.— ¿Crees que el baloncesto es elitista?

MJR.— No lo creo. Lo puede practicar todo tipo de gente.

LVT.— ¿Eres en la cancha maquinal? ¿Es estético el juego deportivo, aparte de técnico o efectivo?

MJR.— Intento no ser maquinal y creo que el deporte es muy estético. El baloncesto es rítmico y es bello estar metida en ese ritmo.

LVT.— ¿Qué supone para tí el público? ¿Es emocionante verlo y sentirlo en las gradas, pendiente de lo que tú hagas?

MJR.— La verdad es que nunca el público ha estado tan pendiente de mí; yo creo que está pendiente de todas. Después de tanto trabajo, emociona mucho el entusiasmo y apoyo del público. Es cuando ves que tu trabajo ha dado fruto.

LVT.— ¿De dónde viene ese alias de "Tete"?

MJR.— Me lo llamaban en casa de pequeña. Algunos me llaman Tete (sin acento) y otros Te té (con él).

LVT.— Como persona normal, fuera de las competiciones, ¿te podrías autodefinir?

MJR.— Voy a clase, salgo con mis amigas, me gusta ir al cine, ver exposiciones, pasear, etc...; lo que a todos, supongo. Me lo paso muy bien en Madrid. Sólo lo cambiaría por Santander.

LVT.— ¿Te gusta la literatura? ¿A qué autores lees?

MJR.— Me encanta la literatura. No tengo un autor predilecto. Todo lo que cae en mis manos me lo leo, tratándose de novelas. Steinbeck, Galdós, Mercedes Salisachs, Michael Ende, me gustan mucho. Los clásicos también, pero prefiero la literatura con-

(Pasa a la página IV)





Las cenizas de la flor

Angel Crespo

Las nueces, la poesía y la cábala

Si se me pregunta en qué consiste la poesía, diré, sin pretender agotar la definición, que en ir cargando a las cosas de significados de los que aparentemente carecen y que, no obstante, se encuentran desde siempre en ellas, en espera de que alguien los descubra y nos ayude, al hacerlo, a comprender el mundo y a comprendernos a nosotros mismos. Estos significados pueden ser puramente estéticos —lo que los justifica plenamente— o pueden tener un carácter más profundamente poético y-revelador.

Como resulta imposible, en cuanto hacen los hombres, partir de la nada, el procedimiento más antiguo y constante puesto en práctica para hacernos familiar al mundo, o bien para tratar de convertir en solucionables los problemas que, en principio, parecen no serlo es el de la comparación. Gran parte de nuestra cultura se ha ido formando, y continúa haciéndose, con símiles y metáforas. Y, aunque a nuestra actual manera de pensar, demasiado influida todavía por un falso racionalismo, pueda parecerle contrario, lo cierto es que la comparación de la Vía Láctea con un camino —el Camino de Santiago— o la de las cumbres de las montañas con los palacios de la divinidad, han tenido, junto a otras muchas, una gran influencia en la conducta de los hombres.

Los miles y miles de peregrinos que vieron en la primera de ambas comparaciones una señal del cielo, no sólo estuvieron a punto, por obedecerla, de hacer que Santiago sustituyese a Roma como centro —y no sólo de romerías— de la cristiandad, sino que también trajeron a España mucho de lo mejor de la cultura de sus países y, desde luego, no se llevaron las manos vacías cuando regresaron a ellos. Y la idea de que las cumbres de las montañas son gratas a la divinidad dio, desde muy antiguo, confianza a los hombres, que ya no la veían tan lejana y terminaron por creerla presente en todas partes. No es una casualidad que Moisés bajase del Monte Sinaí con las Tablas de la Ley en las manos.

Quiénes más comparaciones han hecho —y siguen haciéndolas, salvo en cortos periodos de pedantería y mal gusto— son los poetas. Mediante ellas consiguen, entre otras cosas, despertar nuestra atención hacia lo que vemos y hacia lo que imaginamos, y consiguen así, que nos sintamos familiarizados con un mundo del que, en realidad, sabemos muy poco.

Una de las poesías que más ha destacado en el trascendental arte de las comparaciones y las correspondencias ha sido la escrita en árabe. Pondré, para comprobarlo, unos ejemplos de poetas de esta lengua

que vivieron y escribieron en la Península Ibérica, tomados del libro de Emilio García Gómez *Poemas arábigoandaluces* y, al hacerlo, me atendré a la descripción comparativa de realidades al parecer cotidianas y vulgares a las que, sin embargo, supieron dignificar aquellos artistas hasta el extremo de convertirlos en joyas mediante la alquimia de la palabra.

Ben Sara de Santarén escribió de la berenjena que es un fruto que "ceñido por el caparazón de su peciolo, parece un rojo corazón de cordero entre las garras de un buitre", y dijo de unas naranjas que vio en su árbol que "parecen lágrimas coloreadas de rojo por los tormentos del amor". Más plástica la primera imagen, más interiorizada la segunda, ambas delatan a un poeta que sabía vencer a su pesimismo mediante la belleza de los símiles, que parecen, al transformarlas, alejar de sí las angustias.

Pero también hemos tenido poetas musulmanes que, amantes de la guerra, han tratado de embellecer y justificar sus técnicas y sus lanceos con el instrumento incomparable de la comparación. Así, Ben Darrach, que vivió en Córdoba, compara a la azucena a un castillo "con almenas de plata y donde los defensores, agrupados en torno al príncipe, tienen espadas de oro"; y el cadí Yyad escribió este breve poema:

Mira el campo sembrado, donde las mieses parecen, al inclinarse ante el viento, escuadrones de caballería que huyen derrotados, sangrando por las heridas de las amapolas,

con lo que ambos poemas parecen querer trascender los desastres de la guerra haciendo que la misma naturaleza nos hable de ella a través de realidades que, como la azucena y los trigales, no necesitan ser embellecidos.

Por su parte, Abu Baker de Sevilla escribió un poemita sobre la nuez que, en vista de lo que luego seguirá, debo copiar entero:

Es una envoltura formada por dos piezas tan unidas, que es lindo de ver:

parecen los párpados cuando los cierra el sueño.

Si la hiende el cuchillo, dirías que es una pupila de la que pone convexa el esfuerzo de mirar.

Y su interior podrías compararlo al de la oreja, por sus repliegues y escondrijos.

Parece que Abu Baker no tenía una mente filosófica pero, en cambio, poseía una imaginación visual que, de haber vivido en nuestro tiempo, habría hecho de él un buen pintor surrealista.

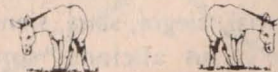
Otro ingenio medieval, el judío Eliazar de Worms, maestro cabalista que vivía en la ciudad de la que tomó el nombre —la célebre Worms en la que se enfrentaron Carlos V y Martín Lutero— veía a la nuez de una manera mucho más profunda que el poeta sevillano. Dejando aparte los aspectos más secretos e iniciáticos de dicha visión de la nuez, que exigirían explicaciones que no deben ser divulgadas, digamos que Eleazar piensa en ella mientras está envuelta por la cáscara verde que rodea a la leñosa, y que la compara con el conjunto de los libros sagrados del judaísmo, es decir con la Torah. "Igual que la nuez tiene una amarga cáscara exterior que la rodea, así los rollos de la Escritura", dice; con lo que parece dar a entender, no sólo que la verdad suele ser, o parecer, amarga, sino que también parece referirse a las dificultades que plantea el estudio de la Palabra.

"Por otra parte —sigue— la amarga cáscara superior se corresponde con el cielo que abarca todas las cosas y se corresponde también con el salobre océano", y de ser, con los elementos que rodean y abarcan a la tierra en que vivimos los hombres. Y añade, debido a ello, que quien no conozca el significado místico de la nuez no conoce la verdadera doctrina, pues esa capa amarga que la envuelve se corresponde asimismo con las amonestaciones y castigos, que son amargos como ella, debido a cuyo sabor acerbo protege a su almendra de los gusanos, de la misma manera que las amonestaciones y los castigos protegen a los mandamientos.

Compara Eleazar de Worms a la envoltura leñosa de la nuez con dos copas que contuviesen, cada una, a dos de las cuatro partes de la almendra, la cual se halla atravesada en su centro por un vástago en forma de miembro viril que, yendo desde la parte más estrecha hasta la más ancha del fruto, se alimenta del amargor de la cáscara verde y evita así que la almendra críe gusanos. "Porque el fruto —escribe— se alimenta de su amargura". Debido a ello, si quitamos la cáscara amargosa antes de que la almendra haya madurado, y mientras el fruto permanece en el árbol, la nuez criará gusanos.

No es preciso explicar el significado más claro y aparente de las enseñanzas que nuestro rabino saca de la nuez, ni es caso, como ya he dicho, de considerar aquí sus significados más ocultos, pero ¿quién que, tras haber leído las palabras del sabio judío, parta una nuez, o simplemente la contemple, creerá que no es más que un fruto comestible, creado tan sólo para que lo comamos? El mundo se le revelará misterioso en su breve y sabroso tamaño.

MENÚ DOS POETAS



MENUDOS POETAS

MENÚ: DOS POETAS

MENÚ DOS: POETAS



Poema Portugués, por Colectivo Anónimo

Los folletines de **LA VOZ** del Tajo

Una canción de la Piquer

La realidad —se ha dicho— supera, con creces, a la más absoluta ficción. La magia de lo cotidiano es la constante inspiración del impecable producto literario. Leonor Acevedo, autora de este relato, "La mirada líquida", confiesa que sus párrafos son una mera transcripción de una anécdota en una boca anciana. "La mirada líquida" está sostenida por un tenso escalofrío, y hace, magistralmente, suspender el argumento hasta la última frase, en que todo queda desvelado.

LA MIRADA LIQUIDA

Andrea y Alejandro pasaron al gran salón central del casino. Lucían sendos disfraces de "Pimpinela Escarlata" y José María Tempranillo e iban cogidos del brazo. El salón era una tibia desnudez paralelepípeda, tan sólo abarrotada en su base por una inarmónica mesa de gente disfrazada. De un amarillento techo amenazante pendía una araña inmensa y deslucida que repartía, equivocada y democráticamente, la luz por todo el salón, sin estética ni contraste.

Andrea y Alejandro perdían sus miradas acá y allá con poco orden y concierto, levemente desconcertados. Después de recorrer unas cuantas baldosas con pasitos breves, anegados por la reinante desarmonía, se plantaron, dando la sensación de estar terriblemente entumecidos debajo de la araña atrabiliaria, dueña del salón. Recibieron varios empujones, varios golpes de matasuegras, varios aluviones de confetis, varias burbujas de refrescos espumosos. Sudaban bajo sus máscaras. De un rincón se arrancó, descaradamente, una música trepidante, mas, Andrea y Alejandro no veían a los músicos (quizá, quién lo supo, fuera una gastada melodía de altoparlante).

Pasado un instante, el movimiento de los asistentes hizo que se abriera un pequeño hueco alrededor de la pareja, que acto seguido ocupó un caballero de baja estatura, "todo de negro hasta los pies vestido", disfrazado de nadie, algo encorvado, temblante y jocoso, quien, entre risitas, espetó, con un timbre de voz ostensiblemente forzado, señalando el bajo vientre de Andrea:

—Tú tienes un hermoso lunar en el pubis, medio escondido entre los pelillos.

Zozobrando en la multitud, la máscara desapareció. Andrea y Alejandro se miraron agudamente desde detrás de sus antifaces y poco faltó para que el escaso aire que mediaba entre ellos, sangrase literalmente. Pasada la tensión inicial (el confuso reguero de pólvora), Alejandro asió con fuerza el brazo de su esposa y, apresurados y en silencio (pesado silencio que se mantuvo en el cuarto de hora posterior, empleado en sortear las estrechas callejuelas tanáticas que anteceden a la puerta de su hogar), abandonaron el local y, paulatinamente, el sonido de su jolgorio.

Alejandro no deja de tragarse, desesperado, su domicilio agorizante, desde el vestíbulo de entrada hasta el hueco de la ventana del fondo del pasillo.

—Putá, mala mujer, bien callado lo tenías.

A los pies de su cama, Andrea se deshace en un llanto sereno, teñido de amargura.

—Zorra, desvergonzada, por qué, por qué...

La mujer rompe el largo silencio y su llanto fluyente con una declaración que, quizá no ha oído Alejandro.

—Te juro que nadie me ha visto ese lunar más que tú. Nunca, nunca te he faltado, Alejandro.



En el pasillo reina la penumbra. En su fondo, lejano, una pequeña ventana muestra, vergonzante, un gris traslúcido. En mitad del pasillo hay una banca donde se sienta Andrea, muy replegada en sí misma. Cruza una monja, toda vestida de blanco, que sacude, cariñosa, el cabello de Andrea. Pasa el psiquiatra, director de la institución y, sin pararse, exclama:

—Andreíta, vas a sudar la gota gorda bajo ese terco impermeable.

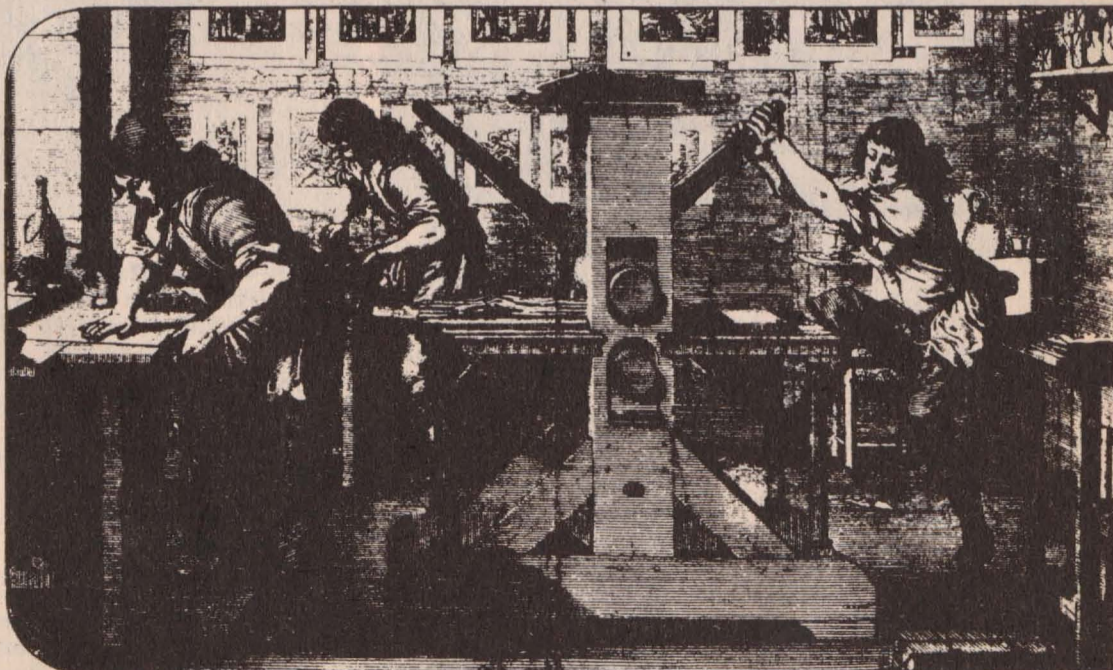
Andrea, sin mover un músculo, contesta lentamente, ante la sombra del facultativo:

—Es que los hombres tienen la mirada líquida: una mirada que lo traspasa todo; por eso no me quito, ni de noche ni de día, este seguro impermeable, terco, como lo llama usted.

Frente a la banca que ocupa Andrea, dos metros a su izquierda, hay otra banca ocupada por dos señoras de mediana edad.

—¿Qué le pasa a ésta? ¿Por qué lleva ese impermeable hasta los pies? ¿Por qué lleva tan ajustada la capucha, que tan sólo se le ven los ojos?

—Se llama Andrea. La cosa pasó hace quince años. Era Carnaval. Estaba en el casino con su marido (disfrazados los dos), cuando se acercó a ellos otra máscara bajita, un señor alegre que dijo: "Tienes un lunar justo encima del coño". Figúrate. Su marido—por fingirse Alejandro—, se hundió en el cieno de una rabia inmensa; astilló los enseres de su casa, todo lo que sonase a bien ganancial. Hasta con los palos de las sillas destrozadas sembró el cuerpo de su mujer con sangre y cardenales; ella, se dice, aún jurándole y perjurándole que nunca le había sido infiel, aguantó todo sin balbucir una sola queja ni tratar de esquivar la furia de su hombre; éste, sordo a las súplicas, la abandonó definitivamente. Al final, tan aturdida como estaba, ya imposible el regreso de Alejandro, se volvió loca y por eso está aquí, siempre empeñada en taparse por completo con ese impermeable y repitiendo que los varones tienen la mirada líquida, capaz de penetrar hasta la ropa. Lo raro es que nadie le ha dicho nunca que aquel señor del Carnaval que le soltó esa fresca era su padre, queriendo embromarla un poco. ¡Cómo no iba a saber el padre dónde estaban situados los lunares de la niña!



Párrafo en vacaciones

A mi amigo y maestro
Antonio Martínez Sarrión.

No por otra cosa me gusta el mes de vacaciones más que por ese tinte aristocrático impreso en todas sus jornadas. De ninguna manera por la mezquina aspiración de poder estar en la cama un rato más, o arrastrar las pantuflas un tiempo desmedido por las baldosas del gabinete, o escuchar finalmente el *magazine* de radio al que por mi horario laboral no tengo acceso.

De todos los días de vacaciones, elijo especialmente el primero; uno llega al nuevo recinto, se instala preparándolo como a un lienzo. Y de ese primer día, los primeros instantes son deliciosos: se va derecho a la cocina, se destapa un envase de cerveza, los niños se han asido ya a un balcón sin traspasar aún el vestíbulo, luego, al espacio matinal del receptor omnipresente. Encendiendo un cigarrillo entonces y, antes de volcar los bolsos, apilo la media docena de libros sobre un aparador, un par de *stylográficas* al lado marcialmente dispuestas, la carpeta que contiene estos papeles en el lugar más alto, encima de un somier plegado, temeroso de que unas manitas inocentes (?) conviertan mi breve pero espinosa obra en una flotilla de esquifes efímeros. Después, ya sólo queda graduar las persianas y, hojeando el periódico, comentar con mi esposa el programa inseguro de la tarde que se avecina.

Al empezar quería decir que en mucho valoro la sosegada anarquía del mes de vacaciones, la sabrosa alteración —que no desorden— con que realizo mis pequeños actos, los cuales no dejan de ser, en cierto modo, asimismo domésticos.

Te levantas moderadamente más tarde, y si madrugas, lo haces antes de lo "normal" (caprichos de la libertad). Puedes hacer el amor entrada la mañana, desayunar junto a un tomo de Chaucer, componer el más redondo poema en las doce del mediodía.

Todas las horas de una jornada de vacaciones están ansiosas de que las tomes como te plazca: husmeando en insólitos desvanes, buscando en las despensas tesoros aromáticos, y en los armarios roperos quizás hallándolos. Puedes adormecerte libremente, varado sobre todo en entorno estático (extático) y muy a gusto en la magia del cénit, y hasta que el sol comienza a flaquear avistar sueños con canes voladores y remansos añiles y amigos de la infancia que surgen de ancestrales bebedizos.

En estos mediodías estivales, las ensaladas son más rojas y más rubias las jarras de cerveza y, después de almorzar, la taza de café fulgura sobremanera.

Sigo insistiendo en ese decaimiento altivo. Ahora una página de diario, luego el más sugerente poema de mi amigo Carriado (RIP), antes un minucioso paseo entre chopos sedientos, junto a un agua famélica, una lectura hirsuta de mis últimas páginas, siempre la intermitencia de un pensamiento principesco. Todo con indolencia y con ganas de estar constantemente suspirando.

Que hermosa estampa ofrecen las pequeñas ciudades con sus cafés alegremente prolongados en las terrazas, donde fulgen, irguiéndose protagonistas, las bebidas espirituosas; y los tiouvivos soñolientos; y las minúsculas placitas —valga la redundancia— hirviendo en griterío; y los modes-

tos neones de sus pequeños cinematógrafos, y la amplia acera de su calle principal por donde bajan serenamente abatidos aquellos que ha escupido un tren siempre impuntual. Y la piscina, ocurre en estas ciudades, está al lado de una asfixiante pista de autos de choque: un conjunto "real" que en nada tiene que envidiar a algunos —de mis más preciados contornos oníricos.

La gótica puesta en práctica del amor, en este lúbrico paréntesis, es, sencillamente, indescriptible. Hay que anotar, empero, y conciencia engrandece maravilla —¿lo dijo el clásico?—, que cuanto más calurosa sea la "noche de autos", más fría estará la carne de tu compañera, su silueta notable y mesetaria a un tiempo, su piel escalonada y racional, sin ningún altibajo para el tacto, "ese pequeño y abrigado puerto/ donde arriba sediento, pero en paz".

Tras sesiones de baños caleidoscópicos, cócteles espejantes, pases de películas frugales, copas de helados hiperbólicos, sonos de eufóricas tragaperras —tan odia-das en mi urbe—, aromas de *hot-dogs* paramilitares, obsesiones altoparlantes, tibieza de óleos bronceadores, después de todo eso y más minutos multicolores, está la noche.

Y la noche "es la hostia" —permítaseme la expresión—, mi noche condensada en la azotea de este habitáculo dilatado y —ay— transitorio.

Es mejor no narrar lo que me pasa en estas noches desde la medianoche hasta el prudente campanazo inserto en el nadir, cuando firmo estos textos, los que, después del alba, volveré a reescribir; todo un transcurso lúcido y alucinado (las dos cosas), siempre que no asista a una



Foto: "El País"

sesión de cine de terraza.

Al final de cada una de las treinta jornadas del mes de vacaciones, el hombre cae en un lecho de almidón fluorescente en paz consigo mismo. Y al término desangelado de la luz y las sombras, cuando sólo existen —nada más que como pobres referencias— insensibles filamentos eléctricos, es cuando el hombre piensa en el conflicto que ahora felizmente está enquistado en su pared urbana o en la mesa de su oficina o en el retrete de su taberna habitual; y ese conflicto late, bien es cierto, pero, por el momento, detrás de la montaña

del último horizonte. Es un conflicto ahora en perspectiva (habitualmente una hispida nausis, casi un conflicto idóneo, un recientísimo pasado en coma.

El hombre, ya en los milésimos instantes que preceden al sueño, tiene un rauda deseo: morir en este julio (por su fisonomía de ilusión rematada), y una asentada réplica: seguir libando su presente, lo que es igual a respirar azar a pleno pulmón.

Amador PALACIOS
(bachiller)



(Viene de la página 1)

temporánea, sobre todo novela y teatro.

LVT.— ¿Ves a Toledo ese encanto que dicen que tiene?

MJR.— Sí, sobre todo de noche. Lo veo muy mágico, aunque tú me hayas dicho antes que Cuenca tiene más magia.

LVT.— El deporte, supongo, es la exaltación de la vida, la seguridad de que eres capaz físicamente de grandes cosas. Y la Muerte, ¿cómo piensas en ella?

MJR.— Pienso en la Muerte. No soy muy supersticiosa, pero hace dos años me leyeron la palma de la mano y me dijeron que entre los 19 y 20 años iba a tener un accidente en un coche azul. La muerte tiene que ocurrir y no me da miedo.

LVT.— ¿Te sientes una especie de heroína cuando has cosechado el triunfo?

MJR.— No. Me siento un componente más del equipo que ha intentado hacerlo lo mejor posible. No es la palabra Heroína, quizás, importante sea la palabra, porque si no te sientes



así, te comen.

LVT.— ¿Tienes fantasías en las que desarrollas un futuro, no muy lejano, lleno de gloria y popularidad?

MJR.— No, no las tengo, aunque considero que sería muy normal si las tuviera.

LVT.— Opina sobre las drogas.

MJR.— Yo estaba en el colegio, a los 15 años y no tenía idea de lo que era un porro, y la gente se lo pasaba en clase; a mí nunca me atrajo. Tengo amigos que los he visto acabar en centros de intoxicación. No me gustan las drogas, independiente-

mente de la disciplina impuesta en el deporte. Sólo bebo sangría, en pequeñas dosis y en días de fiesta.

LVT.— Sobre el amor.

MJR.— Es, aunque sea tópico decirlo, algo que aparece cuando menos te lo esperas y con quien menos te lo esperas. El amor, al contrario que el baloncesto, no tiene normas.

LVT.— Sobre la amistad.

MJR.— Creo que la amistad es más grande que el amor, aunque pienso que amor y amistad se complementan. La práctica del deporte es un buen vehículo para la amistad.

LVT.— ¿Crees en la esencia de lo español? Si lo crees así, ¿esto se refleja cuando juegas?

MJR.— Claro que hay diferencia entre una sueca y una española, pero también hay españolas que se comportan como suecas y al contrario. Hay gente que tiene temperamento y gente que no. No puedes confiarte tan sólo al coraje, sino combinar dos cosas: cabeza muy fría y garra. Lo que sí noto es la diferencia de públicos; he ido a los países nórdicos y hay un comportamiento diferente, menos entusiasta.

Amador PALACIOS
Fotos: Damián VILLEGAS e
Isabel PARAMO

LA MUJER BARBUDA

Dirige:

José Antonio Casado

Coordina:

Damián Villegas y
Amador Palacios

Correspondencia: Redacción
de Toledo de La Voz del Tajo,
Barrio Rey, 9